

El anuncio del Evangelio ante el reto ecológico

Rafael Delgado Escolar

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN El desafío ecológico actual está íntimamente unido a los demás retos que se presentan al anuncio del evangelio. Es más, ayuda a calibrar las consecuencias del proceso de secularización que caracteriza la modernidad. Los diferentes modos de entender la ecología dependen de los planteamientos antropológicos subyacentes. La propuesta cristiana nace del evangelio de la creación, en cuyo centro está la Encarnación del Hijo de Dios. Este anuncio llama a una “conversión ecológica”, en la que se entrelazan la espiritualidad y un estilo de vida profético. La catequesis, la liturgia y la colaboración ecuménica son ámbitos de anuncio y educación en este evangelio de la creación.

PALABRAS CLAVE Ecología, *Laudato si'*, Evangelio de la creación, conversión ecológica.

SUMMARY *Today's ecological challenge is one more of the many challenges for the preaching of the Gospel. Moreover, it acts as a gauge for measuring the consequences of the secularization process that is taking place in society. The different ways of understanding ecology depend on its underlying anthropological approaches. The Christian starting point begins with the Good News of Creation whose center point is the Incarnation of the Son of God. This affirmation calls for an “ecological conversion” bound up in a definite spirituality and a prophetic lifestyle. Catechesis, liturgy and ecumenical cooperation are all within the scope of this proclamation and education on behalf of the Good News of Creation.*

KEYWORDS *Ecology, Laudato si', The Good News of Creation, Ecological conversion.*

El 24 de mayo de 2015 veía la luz la Carta encíclica *Laudato si'*, del papa Francisco¹, la primera Encíclica de la historia de la Iglesia dedicada a la ecología. Su subtítulo es “sobre el cuidado de la casa común”. En ella se sostiene que el cuidado de la tierra es algo más que una cuestión medio-am-

1 PAPA FRANCISCO, *Carta encíclica Laudato si'* (=LS) (24-V-2015).

biental, pues lleva inevitablemente a preguntarse por el valor entero de la existencia y de la misma vida social: “¿Para qué pasamos por este mundo? ¿Para qué vinimos a esta vida? ¿Para qué trabajamos y luchamos? ¿Para qué nos necesita esta tierra?” (LS 160). Por ello, la Encíclica propone el “Evangelio de la creación” como fuente de una conversión ecológica que ilumine el misterio de comunión que es el universo y genere nuevos estilos de vida acordes con una ecología integral.

El propósito de este artículo es dar claves para el anuncio del Evangelio ante el reto ecológico actual. En los artículos anteriores² se han abordado los diferentes desafíos que se plantean hoy a la evangelización desde los paradigmas culturales, antropológicos y sociológicos vigentes. El que el reto de la ecología se aborde al final de todos ellos, lejos de significar que tiene una consideración inferior, me parece que es una oportunidad para comprender que el desafío ecológico está estrechamente vinculado a los anteriores. De alguna forma es consecuencia del desafío de la sociedad secular, de la globalización cultural y del desafío de la antropología. A su vez va de la mano con el desafío de los pobres, con el que forma una unidad. Ahora bien, el ser “consecuencia de” ayuda a ver la magnitud de los otros problemas y esclarece que los malos planteamientos antropológicos, sociales, éticos y culturales amenazan a la casa común y, por tanto, al mismo ser humano.

Es lo que expresó san Pablo VI al referirse a la problemática ecológica³, presentándola como una crisis que es “una consecuencia dramática” de la actividad descontrolada del ser humano: “Debido a una explotación inconsiderada de la naturaleza, [el ser humano] corre el riesgo de destruirla y de ser a su vez víctima de esta degradación” (LS 4)⁴. Así, la luz de la ecología se proyecta sobre el resto de las cuestiones: si queremos hablar del hombre, de la sociedad, de la cultura y de los pobres, no olvidemos que formamos parte de una “casa común”. Por tanto, la ecología no es un apéndice, sino un presupuesto y una dimensión que acompaña todo.

2 Los diversos estudios de esta edición de *Teología y Catequesis* se hacen eco de las ponencias mensuales del Seminario de profesores y doctorandos del Departamento de Evangelización y Catequesis de la UESD, en el orden en que se desarrollaron durante el curso académico 2017-2018.

3 J. R. FLECHA, “16. ¿No advirtió Pablo VI el desafío ecológico?”, en: *Ecología y fe cristiana. 25 preguntas* (Madrid 2017) 75-80.

4 PABLO VI, *Carta apostólica Octogesima adveniens* (14-V-1971) 21. Citado en LS 4.

I. TODO ESTÁ CONECTADO

En fidelidad a este presupuesto, es importante comenzar mostrando la conexión de los desafíos, como expresa de manera constante *Laudato si'*. Cinco veces se emplea la expresión “todo está conectado” (cf. LS 16, 91, 117, 138, 240) y cuatro, la de que “todo está relacionado” (cf. LS 70, 92, 120, 142). Se trata de un eje que atraviesa toda la Encíclica, como se dice explícitamente en la introducción (cf. LS 16). En virtud de este principio, se muestra la relación de la ecología con las siguientes esferas y problemas:

- La preocupación ecológica está íntimamente unida a la preocupación por el ser humano:

Todo está conectado. Por eso se requiere una preocupación por el ambiente unida al amor sincero hacia los seres humanos y a un constante compromiso ante los problemas de la sociedad (LS 91).

Una convicción actual: que todo está relacionado, y que el auténtico cuidado de nuestra propia vida y de nuestras relaciones con la naturaleza es inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás (LS 70).

- De esta unión entre ecología y antropología se sigue que el reto ecológico tiene que ver con los problemas sociales y la gestión política:

Si todo está relacionado, también la salud de las instituciones de una sociedad tiene consecuencias en el ambiente y en la calidad de vida humana: “Cualquier menoscabo de la solidaridad y del civismo produce daños ambientales”⁵. En ese sentido, la ecología social es necesariamente institucional, y alcanza progresivamente las distintas dimensiones que van desde el grupo social primario, la familia, pasando por la comunidad local y la nación, hasta la vida internacional (LS 142).

5 BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Caritas in veritate* (29-VI-2009) 51.

- La ecología se relaciona con los estilos de vida, vinculados y moldeados por los modelos de producción, con lo que la economía está implicada en el desafío:

La ecología estudia las relaciones entre los organismos vivos y el ambiente donde se desarrollan. También exige sentarse a pensar y a discutir acerca de las condiciones de vida y de supervivencia de una sociedad, con la honestidad para poner en duda modelos de desarrollo, producción y consumo. No está de más insistir en que todo está conectado (LS 138).

En este sentido se recuerda la invitación de Benedicto XVI a “eliminar las causas estructurales de las disfunciones de la economía mundial y corregir los modelos de crecimiento que parecen incapaces de garantizar el respeto del medio ambiente”⁶.

- El desafío ecológico tiene una dimensión ética: “La dificultad para tomar en serio este desafío tiene que ver con un deterioro ético y cultural, que acompaña al deterioro ecológico” (LS 162). El olvido de los grandes principios éticos, particularmente de la dignidad de toda vida humana, se extiende al cuidado de la naturaleza:

Cuando no se reconoce en la realidad misma el valor de un pobre, de un embrión humano, de una persona con discapacidad –por poner sólo algunos ejemplos–, difícilmente se escucharán los gritos de la misma naturaleza. Todo está conectado (LS 117).

- Por fin, como está apareciendo de forma constante, el desafío de los pobres camina en paralelo al desafío ecológico, hasta el punto de que el papa Francisco amplía el concepto de “pobre” para dar cabida a la “casa común”, la “hermana-madre tierra”:

Entre los pobres más abandonados y maltratados, está nuestra oprimida y devastada tierra, que “gime y sufre dolores de parto” (Rm 8,22).

6 *Ib.*, *Discurso al Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede* (8-I-2007).

Olvidamos que nosotros mismos somos tierra (cf. Gn 2,7). Nuestro propio cuerpo está constituido por los elementos del planeta, su aire es el que nos da el aliento y su agua nos vivifica y restaura (LS 2).

Más aún, el deterioro del medio ambiente tiene sus primeras víctimas en los seres humanos más necesitados: “Tanto la experiencia común de la vida ordinaria como la investigación científica demuestran que los más graves efectos de todas las agresiones ambientales los sufre la gente más pobre”⁷.

En conclusión, el reto de la ecología nos invita a una mirada nueva, con hondura, para percibir las conexiones profundas de la realidad. Ya había señalado Benedicto XVI en su Encíclica social que “el libro de la naturaleza es uno e indivisible”, abarcando al ser humano y a sus relaciones sociales⁸. La misma palabra “medio ambiente” indica una relación entre la naturaleza y la sociedad humana que la habita, pero esa relación desborda la de un mero marco en el que vivir, pues estamos incluidos en la naturaleza, “somos parte de ella y estamos interpenetrados” (LS 139)⁹.

Si “todo está conectado”, para afrontar el desafío medioambiental es necesario un planteamiento profundo y coordinado que vaya a las raíces y no se quede en la epidermis del problema:

La cultura ecológica no se puede reducir a una serie de respuestas urgentes y parciales a los problemas que van apareciendo en torno a la degradación del ambiente, al agotamiento de las reservas naturales y a la contaminación. Debería ser una mirada distinta, un pensamiento,

7 CONFERENCIA EPISCOPAL BOLIVIANA, Carta pastoral sobre medio ambiente y desarrollo humano en Bolivia *El universo, don de Dios para la vida* (2012) 17. Citado en LS 48.

8 “El libro de la naturaleza es uno e indivisible, tanto en lo que concierne a la vida, la sexualidad, el matrimonio, la familia, las relaciones sociales, en una palabra, el desarrollo humano integral” (BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, 51).

9 Un texto significativo en esta línea: “No podemos considerarnos grandes amantes si excluimos de nuestros intereses alguna parte de la realidad: ‘Paz, justicia y conservación de la creación son tres temas absolutamente ligados, que no podrán apartarse para ser tratados individualmente so pena de caer nuevamente en el reduccionismo’. Todo está relacionado, y todos los seres humanos estamos juntos como hermanos y hermanas en una maravillosa peregrinación, entrelazados por el amor que Dios tiene a cada una de sus criaturas y que nos une también, con tierno cariño, al hermano sol, a la hermana luna, al hermano río y a la madre tierra” (LS 92).

una política, un programa educativo, un estilo de vida y una espiritualidad que conformen una resistencia ante el avance del paradigma tecnocrático (LS 111).

Ahora bien, ¿por dónde empezar? Parece claro que la raíz es el problema antropológico subyacente: “No habrá una nueva relación con la naturaleza sin un nuevo ser humano” (LS 118).

II. NO HAY ECOLOGÍA SIN UNA ADECUADA ANTROPOLOGÍA

No nos servirá describir los síntomas, si no reconocemos la raíz humana de la crisis ecológica. Hay un modo de entender la vida y la acción humana que se ha desviado y que contradice la realidad hasta dañarla. ¿Por qué no podemos detenernos a pensarlo? (LS 101).

Podemos considerar tres modelos antropológicos en la relación del hombre con la naturaleza. De cada uno de ellos se deriva una ética ecológica muy diferente: los denominamos, siguiendo la terminología de J. L. Ruiz de la Peña, “antropocentrismo prometeico”, “cosmocentrismo panvitalista” y “humanismo creacionista”¹⁰.

1. ANTROPOCENTRISMO PROMETEICO

Se trata de la actitud predominante en las sociedades desarrolladas. El hombre aparece como conquistador de la naturaleza, incluida la humana, al amparo de la ciencia y de la técnica. El mundo es visto como espacio de una voluntad de dominio sin límites, la naturaleza es un *stock* disponible hasta que se agote: “una única y gigantesca reserva de carburante’..., la selva es considerada como una reserva de madera, la montaña como una cantera, el

10 J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación* (Santander ²1987) 194-199.

rio como una fuerza hidráulica...”¹¹. Prima la libertad creadora del individuo. Ahora bien, el super-hombre que emerge de este modelo termina eliminando al infrahombre¹²: aborto, manipulación de embriones, diversas formas de pobreza y exclusión, eutanasia. De este modelo se deriva la “cultura del descarte”, como la denomina el papa Francisco (EG 53).

Laudato si' se refiere a la “gran desmesura antropocéntrica” de la modernidad, que termina colocando la razón técnica sobre la realidad:

Lo que interesa es extraer todo lo posible de las cosas por la imposición de la mano humana, que tiende a ignorar u olvidar la realidad misma de lo que tiene delante. Por eso, el ser humano y las cosas han dejado de tenderse amigablemente la mano para pasar a estar enfrentados. De aquí se pasa fácilmente a la idea de un crecimiento infinito o ilimitado, que ha entusiasmado tanto a economistas, financistas y tecnólogos. Supone la mentira de la disponibilidad infinita de los bienes del planeta, que lleva a “estrujarlo” hasta el límite y más allá del límite (LS 106).

Este el “paradigma tecnocrático”¹³, en el que el hombre que posee la técnica tiende a ser dominador absoluto de la naturaleza y de la existencia humana, de la economía y de la política. Ahora bien, al apartarse del ser, dando prioridad al tener, la técnica enlaza con el nihilismo, como profetizara M. Heidegger¹⁴. La consecuencia es una profunda crisis ética, cultural y espiritual: relativismo, individualismo, utilitarismo (“usar y tirar”), cuyas víctimas son los más débiles. Precisamente la degradación del medio ambiente o la crisis ecológica “es una eclosión o una manifestación externa” de la crisis de la modernidad (cf. LS 118), una señal evidente del reduccionismo que supone el antropocentrismo moderno:

11 H. PASQUA, *Opinión y verdad* (Madrid 1991) 107. La primera frase entrecomillada pertenece a M. HEIDEGGER, *Question I et II* (París 1990) 171.

12 Cf. RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 195. Cita este autor el profético artículo de C. S. LEWIS, “The abolition of man”, publicado en 1947, en el que sostiene que “la conquista final del hombre es la abolición del hombre” (*ibid.*).

13 Cf. La Encíclica *Laudato si'* analiza el paradigma tecnocrático en su tercer capítulo, titulado “Raíz humana de la crisis ecológica” (cf. LS 101-136).

14 Cf. PASQUA, *Opinión y verdad*, 107.

Si el ser humano se declara autónomo de la realidad y se constituye en dominador absoluto, la misma base de su existencia se desmorona, porque, “en vez de desempeñar su papel de colaborador de Dios en la obra de la creación, el hombre suplanta a Dios y con ello provoca la rebelión de la naturaleza”¹⁵ (LS 117).

El derroche de la creación comienza donde no reconocemos ya ninguna instancia por encima de nosotros, sino que sólo nos vemos a nosotros mismos¹⁶ (LS 6).

Hemos llegado a la causa última de este antropocentrismo prometeico, a saber, el proceso de secularización –el hombre suplanta a Dios– que da lugar al relativismo según el cual “no existen verdades indiscutibles que guíen nuestras vidas, por lo cual la libertad humana no tiene límites” (LS 6). Lo peor, señala el papa Francisco, es el estilo de vida que se sigue, un relativismo práctico, según el cual “todo se vuelve irrelevante si no sirve a los propios intereses inmediatos”. Su fruto amargo es la degradación social de la mano de la degradación ambiental, porque tan indiferente es aprovecharse de otro, tratándolo como objeto, como esquilmar la naturaleza en aras de un consumismo voraz¹⁷.

2. COSMOCENTRISMO PANVITALISTA

Este modelo de relación del hombre con la tierra es reacción al anterior: su objetivo es derrocar al hombre, quitándole del centro y poniendo en su lugar al “cosmos”. Sostiene que es necesario restablecer el equilibrio

15 JUAN PABLO II, *Carta encíclica Centesimus annus* (1-V-1991) 37.

16 BENEDICTO XVI, *Discurso al clero de la Diócesis de Bolzano-Bressanone* (6-VIII-2008).

17 En LS 123 encontramos párrafos muy duros advirtiendo de este relativismo práctico que es consecuencia de la falta de principios objetivos y universalmente válidos: “Si no hay verdades objetivas ni principios sólidos, fuera de la satisfacción de los propios proyectos y de las necesidades inmediatas, ¿qué límites pueden tener la trata de seres humanos, la criminalidad organizada, el narcotráfico, el comercio de diamantes ensangrentados y de pieles de animales en vías de extinción? ¿No es la misma lógica relativista la que justifica la compra de órganos a los pobres con el fin de venderlos o de utilizarlos para experimentación, o el descarte de niños porque no responden al deseo de sus padres? Es la misma lógica del ‘usa y tira’, que genera tantos residuos sólo por el deseo desordenado de consumir más de lo que realmente se necesita”.

hombre-naturaleza reintegrando al hombre en ésta, ya que el ser humano no es sino un caso más de la evolución biológica y por ello ha de ser reducido a su “modesta talla zoológica” (E. Morín). En este paradigma se recurre a una metáfora para hacer ver el comportamiento depredador del hombre con la naturaleza: sociológicamente se ha dicho que el hombre es lobo para el hombre, pero ecológicamente es mucho más dañino que el lobo. El animal se comporta de un modo ecológico equilibrado, pues está limitado por su instinto, mientras que la inteligencia le lleva al ser humano al exceso y a romper los ciclos naturales con su dominio explotador. La solución es homogeneizar el universo dando el mismo valor a la ameba que al hombre¹⁸.

La encíclica *Laudato si'* se hace eco en varios lugares de este modelo ecológico, que trata de “igualar a todos los seres vivos y quitarle al ser humano su valor peculiar” (LS 90). Esta mentalidad se aprecia en cierta práctica ecológica que desarrolla una lucha por otras especies y no pone un empeño similar en defender la igual dignidad entre los seres humanos:

Es preocupante que cuando algunos movimientos ecologistas defienden la integridad del ambiente, y con razón reclaman ciertos límites a la investigación científica, a veces no aplican estos mismos principios a la vida humana (LS 136).

Dado que todo está relacionado, tampoco es compatible la defensa de la naturaleza con la justificación del aborto (LS 120).

A veces, este paradigma ecológico se sustenta en la nueva religiosidad, particularmente en la Nueva Era que tiende a divinizar el mundo y a hacer de Dios una energía impersonal e inmanente. “Gaia”, la Madre Tierra, es presentada como alternativa a Dios Padre¹⁹. También encontramos este modelo en cierto neopaganismo que sacraliza la Naturaleza, concebida como un organismo vivo, que se basta a sí mismo y es “eterno”. Se excluye por completo la idea de creación y de un Dios personal²⁰.

18 RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 196-197.

19 CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA. CONSEJO PONTIFICIO PARA EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO, *Jesucristo, portador del agua de la vida. Una reflexión cristiana sobre la “Nueva Era”* (Madrid 2003) 54-56.

20 E. BUENO DE LA FUENTE, *España, entre cristianismo y paganismo* (Madrid 2002) 245-251.

Como conclusión de estos primeros modelos analizados, es pertinente recoger la advertencia del papa Francisco: en la relación del hombre con la naturaleza se vive una situación de constante esquizofrenia que va del antropocentrismo al biocentrismo, de la exaltación tecnocrática que no reconoce a los demás su propio valor, a negar todo valor peculiar al ser humano (cf. LS 118).

3. HUMANISMO CREACIONISTA

Las dos posturas anteriores acaban devaluando al ser humano, aunque comiencen exaltándolo como es el caso del paradigma tecnocrático. Ambas coinciden además en cierta mitificación: el antropocentrismo mitifica al hombre, exaltando su libertad sin límites, mientras que el cosmocentrismo mitifica a la naturaleza. La fe cristiana desmitifica al hombre y a la naturaleza haciendo entrar en juego un tercer factor: Dios. Si se descarta a Dios, las otras dos alternativas conducen a la irracionalidad, pues el hombre es avasallado por el superhombre o por los procesos del devenir cósmico. En cambio, “mientras hablemos del hombre y de la naturaleza en el horizonte de Dios, tenemos sólidamente emplazados al hombre, a la naturaleza y a Dios en una escala de valores. Desaparecido Dios del horizonte, la escala se torna automáticamente confusa, porque ha desaparecido la unidad de medida”²¹.

En este sentido, *Laudato sí'* expresa cómo la fe en Dios Creador libera al hombre del sueño prometeico de ser un dominador absoluto, pero afirma a la vez su responsabilidad hacia la creación:

La mejor manera de poner en su lugar al ser humano, y de acabar con su pretensión de ser un dominador absoluto de la tierra, es volver a proponer la figura de un Padre creador y único dueño del mundo, porque de otro modo el ser humano tenderá siempre a querer imponer a la realidad sus propias leyes e intereses (LS 75).

El pensamiento judío-cristiano desmitificó la naturaleza. Sin dejar de admirarla por su esplendor y su inmensidad, ya no le atribuyó un carácter divino. De esa manera se destaca todavía más nuestro compromiso

21 RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la Creación*, 198.

ante ella. Un retorno a la naturaleza no puede ser a costa de la libertad y la responsabilidad del ser humano, que es parte del mundo con el deber de cultivar sus propias capacidades para protegerlo y desarrollar sus potencialidades (LS 78).

Ahora bien, también ha sido necesario salir al paso de las acusaciones lanzadas al pensamiento judeocristiano de propiciar el expolio de la naturaleza sobre el mandato bíblico de “dominar la creación” (cf. Gn 1,28)²². El papa Francisco objeta en *Laudato si'* que una interpretación correcta de ese pasaje bíblico no justifica un dominio absoluto del hombre sobre la tierra:

No somos Dios. La tierra nos precede y nos ha sido dada. Esto permite responder a una acusación lanzada al pensamiento judío-cristiano: se ha dicho que, desde el relato del Génesis que invita a “dominar” la tierra (cf. Gn 1,28), se favorecería la explotación salvaje de la naturaleza presentando una imagen del ser humano como dominante y destructivo. Esta no es una correcta interpretación de la Biblia como la entiende la Iglesia. Si es verdad que algunas veces los cristianos hemos interpretado incorrectamente las Escrituras, hoy debemos rechazar con fuerza que, del hecho de ser creados a imagen de Dios y del mandato de dominar la tierra, se deduzca un dominio absoluto sobre las demás criaturas (LS 67).

Esta última reflexión en la exposición de los modelos antropológicos que subyacen a los paradigmas ecológicos vigentes nos lleva ya a una presentación del Evangelio de la creación, de la Palabra de Dios como Buena Noticia que ilumina la relación del ser humano con la tierra, la “casa común” que hoy sufre deterioro y “espera” nuestra respuesta.

22 Cf. G. DEL POZO ABEJÓN, “Ecología y antropología adecuadas. La espera de la creación en el hombre nuevo”: *Teología y Catequesis* 136 (2016) 64. En este artículo se recogen las voces críticas del americano Lynn White en un artículo publicado en la Revista *Science* en 1967 y del alemán Carl Ameryen 1974 con su libro *El fin de la premonición. Las despiadadas consecuencias del cristianismo*. Para ellos, la tradición judeo-cristiana, con su desdivinización de la naturaleza y la afirmación de la superioridad del hombre serían la causa remota de la actual crisis ecológica. Cf. L. WHITE, “The Historical Roots of our Ecological Crisis”: *Science* 155 (marzo 1967) 1203-1207; C. AMERYEN, *Das Ende der Vorsehung. Die gnadenlosen Folgen des Christentums* (Reinbek [Hamburgo] 1972).

III. EL EVANGELIO DE LA CREACIÓN

Es un bien para la humanidad y para el mundo que los creyentes reconozcamos mejor los compromisos ecológicos que brotan de nuestras convicciones (LS 64).

Laudato si' ofrece la luz de la fe sobre la relación del hombre con la naturaleza tomando como punto de partida los relatos bíblicos sobre la creación. Es reseñable que en el desarrollo expositivo del tercer capítulo de la encíclica se cite en seis ocasiones al *Catecismo de la Iglesia Católica*, lo cual nos da a entender que es un elemento valioso en el anuncio del evangelio de la creación y en los planteamientos ecológicos.

Cuando las páginas del Génesis relatan la obra creadora de Dios, la expresión “y vio Dios que era bueno” se repite como un estribillo después de cada acción creadora que da lugar a los cielos, el mar, la tierra... Pero cuando Dios crea al hombre y a la mujer, la expresión se enriquece: “Vio Dios cuanto había hecho, y todo era muy bueno” (Gn 1,31). Dios confía al hombre y a la mujer todo el resto de la creación (cf. Gn 1,28-30)²³. El papa Francisco comenta cómo “la Biblia enseña que cada ser humano es creado por amor, hecho a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26). Esta afirmación nos muestra la inmensa dignidad de cada persona humana, que ‘no es solamente algo, sino alguien. Es capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otras personas’ (CCE 357)” (LS 65).

En los relatos del Génesis, llenos de profundas enseñanzas, se muestra cómo la existencia humana se constituye en torno a tres relaciones conectadas entre sí: la relación con Dios, con el prójimo y con la tierra. Pero estas relaciones han quedado rotas por el pecado desde el interior del hombre. “La armonía entre el Creador, la humanidad y todo lo creado fue destruida por haber pretendido ocupar el lugar de Dios, negándonos a reconocernos como criaturas limitadas” (LS 66). Así, el pecado original “desnaturalizó” el mandato de Dios al hombre de dominar la tierra y someterla (cf. Gn 1,28), de modo que al erigirse a sí mismo en “dios”, actúa de un modo despótico sobre la creación. El papa Francisco señala la necesidad de una hermenéutica adecuada de los textos bíblicos, según la cual han de interpretarse conjuntamente

23 Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje para la XXIII Jornada Mundial de la Paz* (1-1-1990) 3.

Gn 1,28 y Gn 2,14 donde se habla de “labrar” y “cuidar” el jardín del mundo. Especialmente, “cuidar” significa proteger, custodiar, preservar, vigilar... Se trata de acciones que implican una relación de responsabilidad del hombre con la naturaleza. La razón última es que “la tierra es del Señor” (Sal 24,1) y le pertenece cuanto hay en ella (cf. Dt 10,14) (cf. LS 67).

En esta clave resulta interesante la interpretación que da el P. Raniero Cantalamessa sobre la palabra “dominar” que aparece en Gn 1,28 y que no ha de entenderse desde categorías seculares sino bíblicas:

“Dominar” no tiene aquí el significado que la palabra tiene fuera de la Biblia. Para la Biblia, el modelo último del *dominus* del Señor, no es el soberano político que explota a sus súbditos, sino que es Dios mismo, Señor y padre.

El dominio de Dios sobre las criaturas no se finaliza al propio interés, sino a aquel de las criaturas que él crea y protege. Hay un paralelismo evidente: como Dios es el *dominus* del hombre, así el hombre debe ser el *dominus* del resto de lo creado, es decir responsable de ello y su protector. El hombre es creado para que sea “a imagen y semejanza de Dios”, no de patrones humanos. El sentido del dominio del hombre es explicado por lo que sigue poco después en el texto: “El Señor Dios tomó al hombre y lo colocó en el jardín de Edén, para que lo guardara y lo cultivara” (Gn 2,15)²⁴.

En suma, el hombre no puede considerarse el dueño y señor absoluto de la creación. Es tan solo el administrador responsable de la parcela que Dios ha confiado a su cuidado²⁵. Así, cuando la Escritura afirma que “el cielo pertenece al Señor, la tierra se la ha dado (*natan*) a los hombres” (Sal 115,16), el verbo *natan* expresa el sentido de *confiar* algo a la responsabilidad de alguien²⁶. Este cuidado responsable de la tierra exige que el hombre respete las leyes de la naturaleza y los equilibrios entre los seres. La legislación bíblica da también normas sobre la relación del hombre con los seres vivos (cf. LS 68).

24 R. CANTALAMESSA, *Homilía en la Liturgia de la Palabra con motivo de la Jornada Mundial de Oración para el Cuidado de la Creación*, Basílica Papal de San Pedro, Vaticano (1-IX-2015).

25 J. R. FLECHA, *El respeto a la creación* (Madrid 2001) 15.

26 *Ibid.*, 14-15.

Llama la atención un texto bíblico que invita al respeto hacia los árboles en tiempo de guerra (Dt 20,19-20)²⁷.

Dando un paso más, el uso responsable de las criaturas lleva a reconocer su valor propio, reflexión que *Laudato si'* apoya en el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

Los demás seres vivos tienen un valor propio ante Dios y, “por su simple existencia, lo bendicen y le dan gloria” (CCE 2416), porque el Señor se regocija en sus obras (cf. Sal 104,31). Precisamente por su dignidad única y por estar dotado de inteligencia, el ser humano está llamado a respetar lo creado con sus leyes internas, ya que “por la sabiduría el Señor fundó la tierra” (Pr 3,19). Hoy la Iglesia no dice simplemente que las demás criaturas están completamente subordinadas al bien del ser humano, como si no tuvieran un valor en sí mismas y nosotros pudiéramos disponer de ellas a voluntad. Por eso los Obispos de Alemania enseñaron que en las demás criaturas “se podría hablar de la prioridad del *ser* sobre el *ser útiles*”. El *Catecismo* cuestiona de manera muy directa e insistente lo que sería un antropocentrismo desviado: “Toda criatura posee su bondad y su perfección propias [...] Las distintas criaturas, queridas en su ser propio, reflejan, cada una a su manera, un rayo de la sabiduría y de la bondad infinitas de Dios. Por esto, el hombre debe respetar la bondad propia de cada criatura para evitar un uso desordenado de las cosas” (CCE 339) (LS 69).

El universo encierra un misterio, es más que simple naturaleza, más que un sistema que se puede analizar, comprender y gestionar. La Revelación designa al universo con la palabra “creación”, que supone que tiene su origen en un proyecto de amor de Dios, que da a cada criatura un valor y significado propio (cf. LS 76):

La creación es del orden del amor. El amor de Dios es el móvil fundamental de todo lo creado: “Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste, porque, si algo odiaras, no lo habrías creado” (Sb 11,24). Entonces, cada criatura es objeto de la ternura del Padre,

²⁷ *Ibid.*, 20-21.

que le da un lugar en el mundo. Hasta la vida efímera del ser más insignificante es objeto de su amor y, en esos pocos segundos de existencia, él lo rodea con su cariño (LS 77).

Esta visión implica una comunión universal de todos los seres, pues “Dios ha escrito un libro precioso, cuyas letras son la multitud de criaturas presentes en el universo” (LS 85). Cada criatura es portadora de un mensaje para la armonía del conjunto. Así lo señala el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

La interdependencia de las criaturas es querida por Dios. El sol y la luna, el cedro y la florecilla, el águila y el gorrión, las innumerables diversidades y desigualdades significan que ninguna criatura se basta a sí misma, que no existen sino en dependencia unas de otras, para complementarse y servirse mutuamente (CCE 340; cf. LS 86).

En este conjunto, que conforma una “familia universal” (LS 89), el hombre es la criatura dotada de una singularidad especial, ya que tiene una identidad personal que le capacita para entrar en diálogo con los demás y con Dios. En su origen se da una novedad que no se explica sin más por los procesos evolutivos, pues requiere una intervención de Dios²⁸. Por eso, “no puede ser real un sentimiento de íntima unión con los demás seres de la naturaleza si al mismo tiempo en el corazón no hay ternura, compasión y preocupación por los seres humanos” (LS 91).

El ser humano es la criatura capaz de descifrar el misterio del universo, descubrir la presencia del Creador en el reflejo de lo creado y de adorar al Señor por todas sus criaturas y con ellas, como vemos en san Francisco de Asís y su “Cántico de las criaturas”, que el papa Francisco pone en el centro de su reflexión sobre el evangelio de la creación (cf. LS 87). El P. Cantalamezza expresa con la imagen de la partera la misión del hombre respecto al universo, en cuanto que está llamado a cantar la gloria de Dios recogiendo la voz silenciosa de la creación:

28 “La novedad cualitativa que implica el surgimiento de un ser personal dentro del universo material supone una acción directa de Dios, un llamado peculiar a la vida y a la relación de un Tú a otro tú. A partir de los relatos bíblicos, consideramos al ser humano como sujeto, que nunca puede ser reducido a la categoría de objeto” (LS 81).

Los cielos y la tierra –dice a menudo la Escritura– están llenos de su gloria”. Están, por así decir, preñados, pero no pueden, por sí mismos, “liberarse”. Como la mujer encinta, necesitan también las hábiles manos de una partera para dar a luz aquello de lo que están “preñados”. Y estas “parteras” de la gloria de Dios debemos ser nosotros. ¡Cuánto tuvo que esperar el universo, qué largo tuvo que tomar, para llegar a este punto! ¡Millones y millones de años, durante el cual la materia prima, a través de su opacidad, caminó hacia la luz de la conciencia, como la savia desde la base hacia la parte superior del árbol para crecer en la flor y la fruta! Esta conciencia fue finalmente llegó, cuando apareció en el universo “el fenómeno humano” Pero ahora que el mundo ha llegado a su meta, requiere del hombre para cumplir con su deber, que es, por así decirlo, la dirección del coro y cantar por todos el “¡Gloria a Dios en las alturas!”²⁹.

El evangelio de la Creación ilumina el origen del universo, pero también su destino definitivo. ¿Hacia dónde camina esta familia de todos los seres creados? Hacia la plenitud de Dios, ya realizada en Cristo resucitado, “eje de la maduración universal”. El ser humano no es el fin último de las criaturas, sino que avanza junto con ellas hacia Dios con la tarea de reconducirlo todo hacia el Creador. En esta marcha, Cristo resucitado “abraza e ilumina todo” (LS 83). Así cuanto venimos diciendo encuentra una luz definitiva en el misterio de Cristo. Hablar del “evangelio de la creación” es hablar de Jesucristo y su relación con la creación, pues “el destino de toda la creación pasa por el misterio de Cristo” (LS 99).

IV. DIMENSIÓN CRISTOLÓGICA DE LA ECOLOGÍA

Para la experiencia cristiana, todas las criaturas del universo material encuentran su verdadero sentido en el Verbo encarnado, porque el Hijo de Dios ha incorporado en su persona parte del universo material, donde ha introducido un germen de transformación definitiva (LS 235).

29 CANTALAMESSA, Homilía en la Liturgia de la Palabra, 3.

Jesucristo es el Alfa y la Omega de la creación, porque “todo ha sido creado por él y para él” (Col 1,16). Al asomarnos al Nuevo Testamento nos encontramos con un dato nuevo y original: la Encarnación del Verbo. En la Palabra estaba la Vida (Jn 1,4), pero la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros (Jn 1,14): “Una persona de la Trinidad se insertó en el cosmos creado, corriendo su suerte con él hasta la cruz” (LS 99).

¿De qué forma la encarnación del Verbo se constituye en el último fundamento de la ecología, de la relación del ser humano con lo creado? Nos dice *Laudato si'* que Jesús destaca que Dios es Padre e invita a reconocer la relación paterna que Dios tiene con todas las criaturas (cf. LS 96). Quien se ha encarnado es el Hijo de Dios, enviado en la plenitud de los tiempos, nacido de una mujer, nacido bajo la ley para rescatar a los que vivían bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial (cf. Ga 4,4). Él ha sido enviado por el Padre a una creación expectante, que “gime y sufre dolores de parto” (Rm 8,22), aguardando la manifestación de los hijos de Dios (cf. Rm 8,19)³⁰.

En su vida terrena, el Hijo de Dios hecho Hijo del hombre ha dado testimonio del Padre invitando a los hombres a vivir como hijos de Dios en una verdadera fraternidad y en armonía con la creación. Así, ha señalado: “todos vosotros sois hermanos... Uno solo es vuestro Padre, el del cielo” (Mt 23,8-9), palabras que para Francisco de Asís son el fundamento de su fraternidad universal con todas las criaturas³¹. Señala *Laudato si'* que Jesús se detenía a contemplar la hermosura sembrada por su Padre en cada rincón de la tierra y que vivía en armonía plena con la creación (cf. LS 97-98). Más allá de esto, todo su mensaje plantea un estilo de vida, el de la libertad de los hijos de Dios:

30 “Con estas imágenes se habla de una creación cautiva junto a la humanidad cautiva, sometida a una esclavitud que ha nacido del pecado, del ansia idolátrica del hombre, pero que espera la liberación total y anhela dar a luz un mundo nuevo” (FLECHA, *El respeto a la creación*, 27).

31 “Francisco es la prueba viviente de la contribución que la fe en Dios puede dar al esfuerzo común para la salvaguardia de la creación. Su amor por las criaturas es una consecuencia directa de su fe en la paternidad universal de Dios. Todavía no tiene las razones prácticas que tenemos nosotros hoy para preocuparnos por el futuro del planeta: la contaminación atmosférica, la escasez de agua limpia... El suyo es un ecologismo puro de los fines utilitarios, por cuan legítimos, que tenemos nosotros hoy. Las palabras de Jesús ‘Padre no tienen sino uno, el Padre celestial’ y ‘todos ustedes son hermano’ (cf. Mt 23,8-9), le son suficientes. No son para él un principio abstracto; es el horizonte constante en el que vive y piensa. Fuerte con esta certeza, él ha querido poner al mundo entero “en un estado de fraternidad y en un estado de alabanza” (CANTALAMESSA, *Homilía en la Liturgia de la Palabra*, 3).

- Así, su invitación a los hombres a ser señores de las obras de sus manos, a no idolatrar las riquezas, a emplear una sabia austeridad y mesura en el uso de los bienes de este mundo (cf. Lc 12,31-21). Este mensaje corrige la voracidad humana en el saqueo de los bienes naturales.
- Igualmente, su insistencia en el valor del ser humano, particularmente del pobre y necesitado, con el que llega a identificarse (cf. Mt 25,31-45). Esta actitud es una luz para la preocupación ecológica, que necesita repensar la dignidad del hombre y su puesto entre las cosas de este mundo.
- Los milagros de Jesús son considerados por sus discípulos, a la luz de la Pascua, como signos anunciadores de un mundo nuevo en el que los hombres vuelven a disfrutar de la armonía original de la creación³².

Finalmente, con su sacrificio en la Cruz y su Resurrección ha sido constituido Señor del cielo y de la tierra, pacificando todas las cosas (cf. Col 1,19-20) y llenando el mundo de su presencia:

Esto nos proyecta al final de los tiempos, cuando el Hijo entregue al Padre todas las cosas y “Dios sea todo en todos” (1 Co 15,28). De ese modo, las criaturas de este mundo ya no se nos presentan como una realidad meramente natural, porque el Resucitado las envuelve misteriosamente y las orienta a un destino de plenitud. Las mismas flores del campo y las aves que él contempló admirado con sus ojos humanos, ahora están llenas de su presencia luminosa (LS 100).

Conclusión. El anuncio del Evangelio de la creación nos lleva a una nueva comprensión de la relación del hombre con lo creado, cuyo eje es la filiación divina en Cristo. La fe cristiana aporta a la ecología un fundamento sólido en Jesucristo, un marco de filiación y fraternidad universal que abarca a todas las criaturas, y un horizonte sin límites en Dios. “Lo que la creación anhela, el verdadero sentido de la ecología, el verdadero sentido de la casa común es la definitiva manifestación del Hijo de Dios y de los hijos de Dios

³² FLECHA, *El respeto a la creación*, 24-25.

(cf. Rm 8,18-25) en la ‘nueva creación’³³. Este destino ilumina la responsabilidad ecológica de los cristianos, llamados a manifestar las consecuencias del don de la filiación en la relación con todo lo creado. En el siguiente apartado sobre la “conversión ecológica” exploramos estas consecuencias.

V. LA “CONVERSIÓN ECOLÓGICA”, RESPUESTA AL ANUNCIO DEL EVANGELIO DE LA CREACIÓN

“Convertíos y creed en el evangelio” (Mc 1,15): la unidad de conversión y fe en la predicación de Jesucristo, aplicada al desafío del cuidado de la “casa común”, nos invita a considerar que al anuncio del evangelio de la creación ha de responder una conversión “ecológica”³⁴. Esta expresión, utilizada varias veces en *Laudato si’*, aparece ya en una catequesis de san Juan Pablo II (cf. LS 5), alertando de las graves consecuencias del deterioro del medio ambiente:

Es preciso, pues, estimular y sostener la “conversión ecológica”, que en estos últimos decenios ha hecho a la humanidad más sensible respecto a la catástrofe hacia la cual se estaba encaminando. El hombre, al dejar de ser “ministro” del Creador para convertirse en déspota autónomo, está comprendiendo finalmente que tiene que detenerse ante la catástrofe³⁵.

El papa Francisco confiere a la expresión “conversión ecológica” una gran hondura, pues más allá de un cambio de hábitos respecto a la relación con la naturaleza³⁶, consiste en “dejar brotar todas las consecuencias del encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que nos rodea” (LS 217). Por eso, la tarea de ser custodios de la obra creadora de Dios es un aspecto esencial y no secundario de la experiencia cristiana. Antes que desarrollar

33 C. GRANADOS GARCÍA, “Cristo, alfa y omega de la creación. Luz para la tarea de la ecología”: *Teología y catequesis* 136 (2016) 60.

34 Cf. E. CHUVIECO SALINERO, “La ‘conversión ecológica’ en la *Laudato si’* y en la tradición cristiana”: *La Albolafia. Revista de humanidades y cultura* (10 de febrero de 2017) 28-41.

35 JUAN PABLO II, *Audiencia general* (17-I-2001).

36 CHUVIECO, “La ‘conversión ecológica’”, 37.

unas tareas, la conversión ecológica supone una mirada de fe, pues “cada criatura refleja algo de Dios y tiene un mensaje que enseñarnos” y “Cristo ha asumido en sí este mundo material y ahora, resucitado, habita en lo íntimo de cada ser, rodeándolo con su cariño y penetrándolo con su luz” (LS 221).

Laudato si' caracteriza la conversión ecológica con dos notas: ha de ser interior y comunitaria a la vez. Citando la homilía de Benedicto XVI en el inicio de su pontificado, se afirma que “si los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, es porque se han extendido los desiertos interiores”³⁷. Es necesaria una profunda conversión interior para salir de la crisis ecológica que nos envuelve. Esta dimensión interior alienta una verdadera “espiritualidad ecológica”, ya que “no será posible comprometerse en cosas grandes sólo con doctrinas sin una mística que nos anime” (LS 216).

Ahora bien, para ser eficaz, la conversión ecológica ha de ser comunitaria:

“Las exigencias de esta tarea van a ser tan enormes, que no hay forma de satisfacerlas con las posibilidades de la iniciativa individual y de la unión de particulares formados en el individualismo. Se requerirán una reunión de fuerzas y una unidad de realización”³⁸. La conversión ecológica que se requiere para crear un dinamismo de cambio duradero es también una conversión comunitaria (LS 219).

El gran modelo que propone *Laudato si'* de conversión ecológica es san Francisco de Asís, ya que en él su modo de tratar a las criaturas deriva de la conversión íntegra de su persona a Dios y de su seguimiento de Cristo pobre y crucificado (cf. LS 218). La “sublime fraternidad con todo lo creado” que vivió de una manera tan destacada eran fruto de la fuerza y de la luz de la gracia (cf. LS 221).

Por fin, desde estos presupuestos señalados –su dimensión interior y comunitaria– la conversión ecológica ha de configurar “un estilo de vida profético y contemplativo” (LS 222), en el que se cultiven una serie de actitudes. No es difícil ver en ellas el trasfondo cristológico señalado, pues son consecuencia de vivir en Cristo como hijos de Dios y hermanos de toda criatura:

37 BENEDICTO XVI, *Homilía en el solemne inicio del ministerio petrino* (24-IV-2005); cf. LS 217.

38 R. GUARDINI, *Das Ende der Neuzeit*, 72 (ed. esp.: *El ocaso de la Edad Moderna*, 93).

- *Gratitud y gratuidad*, como fruto de un “reconocimiento del mundo como un don recibido del amor del Padre”, que provoca actitudes gratuitas de renuncia y gestos generosos en el cuidado de la creación (cf. LS 220).
- Conciencia amorosa de formar con los demás seres del universo una preciosa *comunidad universal*, “reconociendo los lazos con los que el Padre nos ha unido a todos los seres” (*ibid.*).
- *Hacer crecer los dones de Dios*, las capacidades peculiares que Dios da a cada uno para resolver con creatividad los dramas del mundo (*ibid.*).
- La *sobriedad* y la *humildad*. Ser capaces de disminuir el consumo obsesivo, necesitar poco y desarrollar otras gratificaciones, menos egoístas y más constructivas. como “los encuentros fraternos, en el servicio, en el despliegue de los carismas, en la música y el arte, en el contacto con la naturaleza, en la oración” (LS 223).
- La *paz interior*. Requiere recuperar el gusto por el silencio y la mirada contemplativa hacia la realidad: “Una ecología integral implica dedicar algo de tiempo para recuperar la serena armonía con la creación... para contemplar al Creador, que vive entre nosotros y en lo que nos rodea” (LS 225). Un ejemplo conmovedor de ello nos lo ofrece el relato del peregrino ruso, cuando relata que después de un periodo intenso de oración “sentía un intenso amor por Jesucristo y por toda la creación de Dios”. Entre los abundantes frutos que la oración le hacía experimentar, constata un “sincero amor de Dios, paz interior, pureza de pensamiento... nueva inteligencia de la Sagrada Escritura, comprensión del lenguaje de todas las criaturas... y finalmente, la conciencia cierta de que Dios está presente y de que su Amor lo abraza todo”³⁹ (LS 115).
- *Amor civil y político*: Jesús nos recordó que tenemos a Dios como nuestro Padre común y que eso nos hace hermanos (cf. LS 228). Así, frente a un mundo en el que los que tienen poder generan desigualdades, injusticias y violencia, porque “el ganador se lleva todo” (LS 82), Jesús propone un ideal de justicia, de fraternidad y de paz: “Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los

39 ANÓNIMO, *El peregrino ruso* (Madrid 1984) 86.

grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos” (Mt 20,25-28). La novedad traída por Cristo a este campo es que él ha revelado el verdadero sentido de la palabra “dominio”, como es entendido por Dios, es decir, como servicio. Él mismo ha sido levantado sobre todo y constituido Señor a través del anonadamiento de la encarnación y la humillación de la cruz mediante los cuales ha servido a la humanidad y ha dado su vida en rescate por todos.

VI. ÁMBITOS DE ANUNCIO Y DE EDUCACIÓN EN LA “CONVERSIÓN ECOLÓGICA”

Nuestra última reflexión sobre el anuncio del evangelio ante el reto ecológico nos lleva a preguntarnos cuáles son los espacios donde el evangelio de la creación es anunciado y donde educar en la conversión ecológica correspondiente. Apuntamos con brevedad algunos lugares privilegiados como la catequesis y la liturgia, así como el ecumenismo, como ámbito de comunión y colaboración entre cristianos ante la preocupación ecológica.

El papa Francisco menciona a la catequesis entre los “ámbitos educativos” donde se fomenta la responsabilidad medioambiental, junto a la escuela, la familia y los medios de comunicación (cf. LS 213). Ciertamente, es tarea de la catequesis de iniciación cristiana poner los fundamentos de la relación del hombre con Dios, con los demás y con el universo. La fe en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra tiene ese carácter de fundamento de la vida humana y cristiana (cf. CCE 282)⁴⁰. Gracias a la catequesis de la creación, los creyentes pueden descubrir “que su cometido dentro de la

40 El *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica* da la siguiente respuesta a la pregunta sobre el relieve de la fe en la creación: 51. ¿Por qué es importante afirmar que “en el principio Dios creó el cielo y la tierra” (Gn 1,1)?: “Es importante afirmar que en el principio Dios creó el cielo y la tierra porque la Creación es el fundamento de todos los designios salvíficos de Dios; manifiesta su amor omnipotente y lleno de sabiduría; es el primer paso hacia la Alianza del Dios único con su pueblo; es el comienzo de la historia de la salvación, que culmina en Cristo; es la primera respuesta a los interrogantes fundamentales sobre nuestro origen y nuestro fin”.

creación, así como sus deberes con la naturaleza y el Creador, forman parte de su fe⁴¹. Esta fe es el verdadero antídoto a la pretensión humana de dominio absoluto sobre el mundo: “No podemos sostener una espiritualidad que olvide al Dios todopoderoso y creador. De ese modo, terminaríamos adorando otros poderes del mundo, o nos colocaríamos en el lugar del Señor, hasta pretender pisotear la realidad creada por él sin conocer límites”(LS 75).

La liturgia, con su ritmo semanal y con sus sacramentos, es un lugar privilegiado para experimentar una relación renovada con la creación (cf. LS 235-237). *Laudato si'* dedica párrafos admirables a la relación entre la creación y la Eucaristía:

En la Eucaristía ya está realizada la plenitud, y es el centro vital del universo, el foco desbordante de amor y de vida inagotable. Unido al Hijo encarnado, presente en la Eucaristía, todo el cosmos da gracias a Dios... En el Pan eucarístico, “la creación está orientada hacia la divinización, hacia las santas bodas, hacia la unificación con el Creador mismo”. Por eso, la Eucaristía es también fuente de luz y de motivación para nuestras preocupaciones por el ambiente, y nos orienta a ser custodios de todo lo creado (LS 236).

Vivir cristianamente el domingo, el día del Señor, es una clave fundamental de la espiritualidad ecológica: “Ese día, así como el sábado judío, se ofrece como día de la sanación de las relaciones del ser humano con Dios, consigo mismo, con los demás y con el mundo” (LS 237). En este sentido, el descanso dominical del trabajo recobra toda su importancia:

La ley del descanso semanal imponía abstenerse del trabajo el séptimo día “para que reposen tu buey y tu asno y puedan respirar el hijo de tu esclava y el emigrante” (Ex 23,12). El descanso es una ampliación de la mirada que permite volver a reconocer los derechos de los demás. Así, el día de descanso, cuyo centro es la Eucaristía, derrama su luz sobre la semana entera y nos motiva a incorporar el cuidado de la naturaleza y de los pobres (LS 237).

41 JUAN PABLO II, *Mensaje para la Jornada XXIII Mundial de la Paz*, 12; cf. LS 64.

Por último, la preocupación ecológica es compartida por los cristianos de diferentes confesiones, como testimonia la Jornada mundial de oración por el cuidado de la creación que se celebra cada 1 de septiembre, una iniciativa ya presente en la Iglesia ortodoxa desde 1989, a la que se ha sumado la Iglesia Católica en el año 2015, después de la publicación de la Encíclica *Laudato si'*. El sentido de esta Jornada de oración es dar gracias y alabar a Dios por el regalo de la creación y suplicar su protección para que el hombre sepa emplear los recursos de la tierra con responsabilidad en beneficio del bien común. También se invoca la misericordia de Dios por los pecados cometidos contra el mundo en el que vivimos. Tomamos unas palabras del Mensaje conjunto del papa Francisco y del Patriarca ecuménico Bartolomé en la Jornada de Oración por el cuidado de la creación de 2107 como mejor conclusión de este estudio:

La tierra nos fue confiada como un don y un legado sublime, del que todos somos responsables hasta que, “al final”, todas las cosas en el cielo y en la tierra serán recapituladas en Cristo (cf. Ef 1,10). Nuestra dignidad y bienestar humano están profundamente conectados con nuestro cuidado por toda la creación⁴².

42 Mensaje conjunto del Papa Francisco y del Patriarca ecuménico Bartolomé en la Jornada de Oración por el cuidado de la creación (1-IX-2017).